

16 de agosto. XX domingo de tiempo ordinario

En aquel tiempo Jesús se marchó y se retiró al país de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: «Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.»

Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: «Atiéndela, que viene detrás gritando.»

Él les contestó: «Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.»

Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió: «Señor, socórreme.»

Él le contestó: «No está bien echar a los perros el pan de los hijos.»

Pero ella repuso: «Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.»

Jesús le respondió: «Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.»

En aquel momento quedó curada su hija. (Mateo 15,21-28)

1. ¿Qué dice la Palabra?

Antes de iniciar la *subida a Jerusalén*, Jesús hace una “excursión” con sus discípulos por *tierra de gentiles*, que aprovechará para, mediante el encuentro de Jesús con la mujer cananea, mostrar a los discípulos que la salvación no es sólo para los judíos sino para toda la humanidad.

Una mujer implora a Jesús que cure a su hija que tiene un demonio «muy malo». Jesús, en un primer momento, parece no escuchar este grito de dolor, quizás para provocar la intercesión de los discípulos, quienes, por otra parte no queda claro que intervienen por auténtica misericordia o por quitarse de encima a la molesta cananea.

A pesar de todo, la madre insiste. El amor materno le lleva a confiar en aquel rabino judío; por el amor llega a la fe. Desde el deseo de que su hija se salve salta a la proclamación de un credo, que no es el suyo: “¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David!”

Y la fe perseverante en Jesús le consiente no desanimarse ni siquiera ante su inicial rechazo; ante tanta perseverancia, Jesús permanece admirado, casi estupefacto, por la fe de una mujer pagana. Por tanto, accede diciendo: «”Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas”. Y desde aquel momento quedó curada su hija».

Esta humilde mujer es indicada por Jesús como testimonio de fe inquebrantable. Su insistencia es ejemplo de cómo no debemos desanimarnos cuando, aparentemente, Dios no nos escucha y se desentiende de las duras pruebas que encontramos en nuestra vida.

Cristo no se desentiende de nuestras necesidades aunque en ocasiones parece insensible a las peticiones de ayuda, quizás para poner a prueba y robustecer nuestra fe. El evangelio de este domingo nos ayuda, pues, a entender que todos tenemos necesidad de crecer en la fe y fortalecer nuestra confianza en Jesús.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy (*Mateo 15, 21-28*) nos presenta un singular ejemplo de fe en el encuentro de Jesús con una mujer cananea, una extranjera respecto a los judíos. La escena se desarrolla mientras Él está en camino hacia la ciudad de Tiro y Sidón, en el noroeste de Galilea: es aquí donde la mujer implora a Jesús que cure a su hija la cual —dice el Evangelio— «está malamente endemoniada» (v. 22).

El Señor, en un primer momento, parece no escuchar este grito de dolor, hasta el punto de suscitar la intervención de los discípulos que interceden por ella. El aparente distanciamiento de Jesús no desanima a esta madre, que insiste en su invocación. La fuerza interior de esta mujer, que permite superar todo obstáculo, hay que buscarla en su amor materno y en la confianza de que Jesús puede satisfacer su petición. Y esto me hace pensar en la fuerza de las mujeres. Con su fortaleza son capaces de obtener cosas grandes. ¡Hemos conocido muchas! Podemos decir que es el amor lo que mueve la fe y la fe, por su parte, se convierte en el premio del amor. El amor conmovedor por la propia hija la induce «a gritar: “¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David!”» (v. 22). Y la fe perseverante en Jesús le consiente no desanimarse ni siquiera ante su inicial rechazo; así la mujer «vino a postrarse ante Él y le dijo: “¡Señor, socórreme!”» (v. 25).

Al final, ante tanta perseverancia, Jesús permanece admirado, casi estupefacto, por la fe de una mujer pagana. Por tanto, accede diciendo: «“Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas”. Y desde aquel momento quedó curada su hija» (v. 28). Esta humilde mujer es indicada por Jesús como ejemplo de fe inquebrantable. Su insistencia en invocar la intervención de Cristo es para nosotros estímulo para no desanimarnos, para no desesperar cuando estamos oprimidos por las duras pruebas de la vida. El Señor no se da la vuelta ante nuestras necesidades y, si a veces parece insensible a peticiones de ayuda, es para poner a prueba y robustecer nuestra fe. Nosotros debemos continuar gritando como esta mujer: «¡Señor, ayúdame! ¡Señor ayúdame!». Así, con perseverancia y valor. Y esto es el valor que se necesita en la oración.

Este episodio evangélico nos ayuda a entender que todos tenemos necesidad de crecer en la fe y fortalecer nuestra confianza en Jesús. Él puede ayudarnos a encontrar la vía cuando hemos perdido la brújula de nuestro camino;

cuando el camino no parece ya plano sino áspero y arduo; cuando es fatigoso ser fieles con nuestros compromisos. Es importante alimentar cada día nuestra fe, con la escucha atenta de la Palabra de Dios, con la celebración de los Sacramentos, con la oración personal como «grito» hacia Él —«Señor, ayúdame»—, y con actitudes concretas de caridad hacia el prójimo.

Encomendémonos al Espíritu Santo para que Él nos ayude a perseverar en la fe. El Espíritu infunde audacia en el corazón de los creyentes; da a nuestra vida y a nuestro testimonio cristiano la fuerza del convencimiento y de la persuasión; nos anima a vencer la incredulidad hacia Dios y la indiferencia hacia los hermanos. La Virgen María nos haga cada vez más conscientes de nuestra necesidad del Señor y de su Espíritu; nos obtenga una fe fuerte, plena de amor, y un amor que sabe hacerse súplica, súplica valiente a Dios.

Papa Francisco. Ángelus 20/08/2017

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Pretendo buscarte en lo grande y se me escapan tus migajas, esas migajas que esconden la grandeza de tu amor.

Se me escapan los milagros que cada día vuelcas en mí, envueltos en el papel de la vida, y tengo el riesgo de perder lo mejor de ti y de mí.

Y quiero correr tras de ti, sentir que te busco y te acojo, y palpar así el milagro de tu ternura.